

RESEÑA

Hobbes y la tradición épica de la teoría política, de Sheldon Wolin

por Fernando FERNÁNDEZ-LLEBREZ

SHELDON S. WOLIN, *Hobbes y la tradición épica de la teoría política*, editorial Foro Interno (colección Rétor), Madrid, 2005. 155 páginas.

Es preciso y obligado comenzar agradeciendo a Foro Interno que haya tenido la idea, tan necesaria como significativa, de traducir el libro *Hobbes y la tradición épica de la teoría política* al castellano. Resulta chocante que un libro, considerado a todas luces como una de las mejores y actuales aproximaciones al pensamiento de Thomas Hobbes —que se publicó originalmente en 1970—, haya tardado más de ¡treinta años! en traducirse al español.

Bien es verdad que si estudiamos el contenido del texto y apreciamos la cantidad de escritos de Sheldon S. Wolin vertidos a nuestro idioma, pudiera ser que la cuestión no parezca tan extraña. No sólo este libro nos muestra un Hobbes *retórico* bastante diferente al mostrado, habitualmente, por el *pensamiento borbónico*¹, sino que además los libros y artículos de Wolin traducidos al castellano son realmente escasos.

Es cierto que alguien podría encontrar “atenuantes” ante esta realidad. Pero también sabemos que esos posibles atenuantes son, seguramente, meras excusas pues, lo miremos por donde lo miremos, no hay explicación alguna que justifique la escasa traducción al español de la obra de Sheldon S. Wolin. Y si no, miremos nuestras librerías y veremos cómo quedan desmentidos cada uno de los posibles “atenuantes” que nos podamos imaginar. Por eso tiene mucho mérito y valor que una editorial como Foro Interno haya hecho esa labor, ofreciéndonos esta *joya* en forma de libro.

En este sentido, esta reseña también tiene como propósito incluir una somera aproximación, de carácter más bien general, a algunos de los libros del

¹ J. Roiz, *El gen democrático*, Trotta, Madrid, 1996, pp. 53 y ss.

teórico político norteamericano, centrándose, sobre todo, en su primera época —si es que algo así se puede decir de la obra de Wolin—, ya que el texto que comentamos remitiría a ese período. En cualquier caso, no podrá ser ni una labor exhaustiva —pues excede lo que es de suyo una reseña—, ni tampoco un intento de subsanar el actual estado de los escritos de Wolin en nuestro idioma, pero sí la anima el deseo de que sirva como modesto y pequeño homenaje a la labor teórica de uno de los grandes politólogos del siglo veinte. Y hacerlo ahora que está vivo, que es cuando considero que se debe hacer dicha tarea.

* * *

Sheldon S. Wolin nació en 1922 en los EE.UU. Estudió en Oberlin College, doctorándose en 1950 en la Universidad de Harvard. Como “buen norteamericano”, su vida académica ha sido bastante prolija, siendo profesor en Oberlin College, la Universidad de Berkeley, California y Princeton, disfrutando hoy de un cierto retiro académico bien merecido.

No obstante, es menester señalar que la obra de Wolin no es una obra extensa en cuanto al número de libros que ha escrito. Wolin ha publicado un total de cuatro libros, más la última edición *revisada* de su clásico *Política y perspectiva*, habiendo periplos de su vida intelectual en donde la escasez de libros era notoria².

Su primer libro, *Política y perspectiva*, es de 1960 y hasta 1970 no publicará el texto sobre su admirado Thomas Hobbes, siendo en 1989 cuando publique su libro *The Presence of the Past*; once años más tarde aparecerá su monografía sobre Alexis de Tocqueville. Como se puede comprobar, una obra dilatada en el tiempo que refleja muy bien la importancia de la lectura y escritura pausada que la teoría política genuina debe conllevar.

No obstante, en medio de este caminar teórico, y también durante el mismo, Wolin sí nos deja una larga serie de artículos, capítulos de libros y reseñas que no conviene olvidar, comenzando por sus textos clásicos sobre el metodismo, la ciencia política y la teoría política, pasando por sus artículos sobre la democracia, incluidos sus editoriales en la revista *democracy* —que él mismo dirigía—, así como sus comentarios sobre otros pensadores del momento y, más recientemente,

² Sheldon S. WOLIN, *Politics and Vision: Continuity and innovation in western political thought*, Little Brown and Company, Inc, 1960 (edición en español en Amorrortu editores, Buenos Aires, 1974); *Hobbes and the Epic Tradition of Political Theory*, Williams Andrews Clark Memorial Library, University of California, Los Angeles, 1970 (edición en español: editorial Foro Interno, Colección Rétor, Madrid, 2005); *The Presence of the Past*, The Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1989; *Tocqueville Between Two Worlds*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2001; *Politics and Vision*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 2004 (edición revisada).

sobre el liberalismo político de John Rawls o sobre los retos de la multiculturalidad³. Por tanto, nos encontramos con una obra dispersa aunque prolifica.

El método que Wolin suele usar de aproximación a la teoría política se puede considerar clásico: estudiar a grandes maestros teóricos para, desde ahí, ir destilando sus propios razonamientos. Eso lo ha hecho con clásicos como Thomas Hobbes o Tocqueville, pero también con autores contemporáneos como Michel Foucault o Rawls. Este es un *modus operandi* que Wolin pone en práctica de forma reiterada a lo largo de su vida intelectual y que le da un sello singular. Esto no significa que no nos diga cuáles son sus pensamientos, pero sí que lo hace de la *mano* de los grandes teóricos políticos. Y es preciso reconocer, en este punto, que si bien Wolin —como señala Javier Roiz— no es un retórico y, más específicamente, no usa un lenguaje retórico, sí es cierto que esa *mano* que tiene es una *mano*, la mayoría de las veces, *abierta* en el sentido que Quintiliano le da a esta expresión.

El mayor ejemplo de ese *modus operandi* lo tenemos en su obra magna *Política y perspectiva*. Será en este libro donde Wolin ponga las bases de conceptos tan fundamentales como el de *tradición de discurso, visión, el significado de lo político y su posterior sublimación*, etc. Y lo hará con un capítulo introductorio de lo más personal para continuar destilando, a través de sus grandes maestros, todas estas ideas.

Este libro, tal y como dice Jeffrey C. Isaac, fue “germen y precursor de la teoría académica de hoy”. Es más, y como continúa diciendo el propio Isaac, quizá fue “la contribución más importante al esfuerzo por establecer y defender una identidad propia para la teoría política”⁴. No obstante, bien son verdad otras dos cuestiones. La primera —que afecta a la casi totalidad de su obra—, que la teoría política de Wolin “valora el ingenio teórico y la declamación filosófica por encima de su penetración empírica o de su relevancia histórica”⁵, es decir, es una teoría con capacidad para “tocar el violín mientras que el fuego de la libertad se expande y quizá el mundo se quema”⁶. Seguramente este comentario sea algo exagerado, pero señala una cuestión muy *verosímil* en la obra de Wolin: la notoriedad con que se le escapan ciertos eventos históricos de su teoría política (por

³ Para un repaso en castellano por el conjunto de la obra de Wolin, y en concreto sobre la relevancia de estos artículos para su pensamiento, puede acudir a Javier ROIZ, *La Recuperación del Buen Juicio*, editorial Foro Interno, Colección Rétor, Madrid, 2003, pp. 243-301, donde se encontrarán estas referencias bibliográficas.

⁴ J. C. ISAAC, “The Strange Silence of Political Theory”: *Political Theory*, vol. 23, n° 4 (1995), p. 637.

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibidem*.

ejemplo la caída del Muro de Berlín, que no aparece o lo hace de forma muy lejana). Algo que sorprende aún más si consideramos que estamos hablando de uno de los autores más profundamente comprometidos con su tiempo político y para el que la teoría política no supone la “búsqueda de antigüedades, sino una forma de educación política”⁷.

La segunda cuestión tiene que ver con la vitalidad de sus escritos a lo largo del tiempo. Si miramos de forma conjunta sus textos se puede apreciar que sus planteamientos teóricos nacen con una fuerza y originalidad teórica inusitada y que, conforme pasa el tiempo, ésta va perdiendo en sus últimos escritos vigor y riqueza, centrándose cada vez más en su propia *tradición de discurso* y en los avatares que la actual Norteamérica le plantea.

Considero que tanto uno como otro aspecto se pueden explicar si miramos detenidamente el fondo en el que se sitúa el propio Wolin y sobre el que va a pivotar el conjunto de su pensamiento político. Ese asunto básico y común es, como señala Javier Roiz, América. No obstante, podría afinarse más diciendo que, más que todo un país —incluso un continente—, el eje central de su reflexión viene marcado por la tradición de discurso que conforma la teoría política norteamericana de carácter democrático (en contraposición, a la también norteamericana, de influencia más bien liberal al estilo de Rawls).

La capacidad crítica de Wolin es una de las grandes cualidades de la que hace gala a diestro y siniestro, como lo demuestra su pertinaz crítica a Rawls. Pero también es verdad que, aun en esos casos, no deja de ser un *patriota*. Es cierto que no es cualquier patriota, pero sí un patriota crítico y singular en donde la tradición fundacional norteamericana es un elemento constitutivo de todo su razonar. Incluso podría decirse que es coherente y lógico que así sea, pues ya nos advirtió que una *tradición de discurso* es innovación, pero también tradición; y eso es lo que, precisamente, él hace: combinar ambas facetas dentro de la *tradición política americana*.

No obstante, su grandeza intelectual va a ser tal que será capaz de mirar a “su tradición” y, a la vez, mostrarnos posibilidades que le sacarían de ella. Y lo hace de tal forma que abre caminos para que podamos pensar por nosotros mismos, lo cual es muchísimo, la verdad sea dicha. Por eso no es extraño que se fije en Hobbes y, menos aún, que lo mire de la forma en la que lo hace. Hobbes es un autor que le permite situarse dentro del *canon* de la tradición angloamericana pero, al mismo tiempo, señalarnos una modalidad de teoría política que, a través

⁷ WOLIN, *Política y perspectiva*, p. 37.

de su dimensión épica, nos muestra a Hobbes como *rétor* clásico. Así, de la mano de Wolin, y aunque a veces no llegue a comprender al héroe político que nos dibuja o canta, entramos en un mundo teórico de una riqueza abrumadora. Riqueza hobbesiana de la que Wolin beberá hasta el final de su obra, y de la que son ejemplos sus comentarios a la edición revisada de *Política y perspectiva*. Y todo ello pese a que, poco a poco, se vaya oscureciendo dicha luz, aunque nunca se apague del todo.

Ejemplos de esta evolución, y de su anclaje en la tradición política norteamericana, los tenemos en dos de sus obras más recientes: *The Presence of the Past* y *Tocqueville Between Two Worlds*. En ambos trabajos Wolin nos profundiza, más si cabe, en su concepción de la democracia y, en particular, de la americana. Así, el hilo conductor de ambos textos, e incluso de los artículos que rodean a dichas obras, es el que podríamos denominar como “*democracia americana*”.

En *The Presence of the Past* vuelve a hacernos un repaso por diferentes autores, como por ejemplo Montesquieu o los *Federalistas*, y épocas, como la génesis de los EE.UU., ofreciéndonos un texto profundo, novedoso y comprometido. De él destacan conceptos claves para su teoría de la democracia como las *diferentes escalas* que conlleva la política moderna, su crítica al *megaestado* — deriva norteamericana nada respetuosa con el origen de la democracia americana—, su crítica a la *democracia sin ciudadanía* y la consiguiente *operación democrática* que nos apunta como forma de abordar la actual situación. Un libro de bastante enjundia política e intelectual y, a la vez, claramente situado en su *tradición de discurso*.

La publicación de *Tocqueville Between Two Worlds* fue, en cierta medida, una sorpresa. Todo parecía indicar —y hasta la fecha no hay nuevos indicios para pensar lo contrario— que su proyecto sobre *Power Dialogues* se quedaba aparcado en el camino, cobrando vida una monografía sobre uno de los autores más queridos por la *tradición democrática norteamericana y europea*, y por el propio Wolin, como es Alexis de Tocqueville. En este libro, Wolin nos aportará reflexiones serias y bien fundadas sobre Tocqueville, pero bien es verdad que podría ser considerado como el texto donde su teoría política, tal vez, brille menos. En cierta medida con argumentaciones ya conocidas y muy sujetas al “canon tocquevilliano”, Wolin nos deja un sabor amargo. Después de conocer la teoría política de Wolin, y de haber escrito un libro tan singular como *The Presence of the Past*, no era insospechado esperar que hiciera con Tocqueville lo que hizo con Hobbes, aunque considero que no fue así.

¿Y por qué no hizo con Tocqueville lo que hizo con Hobbes? Para poder responder a esta última cuestión es preciso decir algo más sobre lo que Wolin *hizo con Hobbes*, para así ver las diferencias.

Más allá de lo ya señalado sobre Wolin y Hobbes, quisiera destacar dos consideraciones: i) el concepto de imaginación y ii) la dimensión épica de la teoría política y su relación con la retórica. Aspectos ambos, por cierto, muy relacionados entre sí.

A la pregunta que Wolin se hace en el libro reseñado, *Hobbes y la tradición épica de la teoría política*, sobre lo que significa que una teoría política muestre imaginación, responde diciendo que un científico político contemporáneo podría sugerir que el teórico despliega la imaginación mediante la ingenuidad de su explicación pero, como él mismo nos advierte, hay teorías políticas más antiguas que incorporaron la imaginación de forma diferente. Así, como ocurre por ejemplo con Maquiavelo —otro autor muy relevante para Wolin—, la imaginación política era la forma por la cual se miraba al “mundo existente desde nuevas ópticas a fin de que pudiera trazar el camino hacia un nuevo estado de los acontecimientos y, a su vez, se pudiera visualizar ese propio nuevo estado”. Y es que, para “concebir nuevas posibilidades e interconexiones, la mente teórica debe ser libre, para utilizar palabras y conceptos de forma no ortodoxa, y para desplazarse con soltura sobre su ámbito elegido, inspeccionando desde nuevos ángulos” (p. 107).

En definitiva, la “imaginación política requiere de una mente inventiva, capaz de jugar con un mundo que, por lo menos en términos mentales, posee cierto grado de plasticidad” (p. 107). Y si somos capaces de “volver a captar el entusiasmo de aquellos que por primera vez tomaron conciencia de estar inventando teorías políticas” (p. 58), lograremos recuperar esa dimensión imaginativa, tan ausente hoy en día, y veremos que los primeros teóricos, como Maquiavelo o Hobbes, “no solamente se esforzaban por persuadir a sus audiencias sobre una verdad, sino que, por encima de todo, buscaban asombrarlas mediante un hecho” (p. 58).

Teniendo como referente estas apreciaciones es como cobra sentido la idea de Wolin sobre la tradición épica y su presencia en el pensamiento de Hobbes. Aquí Wolin vuelve a ser muy claro: él quiere emprender una aproximación diferente al pensamiento de Hobbes, una mirada centrada en la “inspiración que gobernaba el pensamiento político de Hobbes” y, en concreto, el “modo en que la intención y el estilo afectan a la sustancia” (p. 45). En pocas palabras el argumento de Wolin residirá en “que las intenciones que informan la teoría política de Hobbes eran de naturaleza épica y que su teoría puede entenderse como poseedora de un propósito épico (p. 46).

Y ¿qué es una *tradición épica*? Una *tradición épica* es “un tipo de teoría política que se halla inspirada principalmente en la esperanza de conseguir un hecho memorable y grande por medio del pensamiento” (p. 46). Es esta concepción teórica la que Hobbes, y con él Wolin, quiere rescatar, reivindicando una

filosofía política que sea “un medio de expresión de la fantasía poética” (p. 64) y en donde la imaginación política sea reconocida como algo característico y propio, tal y como ocurría en el drama y la poesía durante la época de Hobbes (p. 107), la cual, aunque cada vez ya menos, estaba influenciada por la *retórica*, es decir, por el *arte del decir bien*.

Así, la *retórica* no es que fuera, ni sea, un aspecto *accesorio* para la teoría política, sino que es *sustantiva* para la misma. Y es que sin *retórica* la política queda emparentada sólo con la dialéctica, lo cual puede tener como consecuencia que la teoría política, al dejar de lado a la *retórica*, se quede hueca y termine siendo invadida, valga la contradicción, por la *palabrería y el dogmatismo*. O mejor sería decir por los “*dogmatici*”, tomando la expresión de Hobbes y que Wolin, certeramente, recupera (p. 102).

Es verdad que si miramos con atención lo dicho, se aprecia una excesiva carga visual en todo el razonar de Wolin y que ello pudiera alejarlo de la *retórica*, tan dada a su querencia musical. Pero, de nuevo, Wolin nos deja una puerta abierta cuando señala que “la imaginación constituye, quizás, el rasgo fundamental que une a la ciencia, a la teoría, a la literatura y a la música, una consideración que es particularmente sugerente cuando se trata con las formas épicas de la teoría política” (p. 108). Y en eso Hobbes, como diría Wolin, fue “uno de sus baluartes” (p. 46).

Pero, entonces: ¿por qué Wolin no hizo con Tocqueville lo mismo que hizo con Hobbes? No niego que probablemente hayan influido los propios déficits teóricos de Wolin, así como las distintas épocas que le tocaron vivir a Tocqueville y a Hobbes, las cuales dibujaban un panorama bien distinto (tanto en el terreno de la historia política como en el de la propia teoría política). Pero considero que tan importante como lo anterior, o incluso más, son las diferencias existentes — a veces poco atendidas por el propio Wolin— entre la teoría política de Hobbes y la de Tocqueville.

Es cierto, como indica Wolin, que Tocqueville tuvo esa inclinación épica, que dio —y da— grandes frutos para la teoría política y que hace que deba ser considerado un *clásico*. No lo dudo. Pero también es verdad que difícilmente se puede considerar a Tocqueville como un *rétor*, mientras que sí es factible considerar a Hobbes como tal. Como dirá Quentin Skinner —y pese a que hubo ciertos momentos de su obra, como también señala Wolin (pp. 82 y ss.), en que Hobbes se aleja de la retórica humanista—, Hobbes pasa por ser el mejor ejemplo de “retórico laico”⁸ de su período histórico. Cosa que no podemos decir del gran Tocqueville. He aquí una sutil diferencia entre estos dos clásicos, que no

⁸ Q. SKINNER, *Reason and Rethoric in the Philosophy of Hobbes*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996, p. 38.

es baladí y que convierte al *retórico* Hobbes en un autor muy actual para la teoría política.

No obstante, seguramente también sea cierto afirmar que no podemos otorgarle el atributo de *retor* a Wolin, pues la *retórica* le queda un poco lejos. Y no por falta de estímulos propios, que los tiene, sino más bien por la *herencia recibida*. Pero aun es más veraz *decir* que sólo un maestro de la teoría política de la talla de Sheldon S. Wolin nos puede mostrar la riqueza intelectual que despliega el *retórico* Hobbes. Por ser ese *maestro* es por lo que, probablemente, le debemos tanto a Wolin; y, por eso, este libro que se reseña es una referencia ineludible para el estudio de la teoría política contemporánea.